

LA TEOLOGÍA DE LA CARIDAD FUNDAMENTO DE LA ESPIRITUALIDAD DEL P. ANGE LE PROUST

JAIME GARCÍA ÁLVAREZ

INTRODUCCIÓN

El P. Ange le Proust nació en Châtellerault (Francia) en 1624. Su nombre de bautismo fue Pedro. Sus padres, Loys le Proust y Marye Magaud, procedían de la alta burguesía de Poitiers. Eran profundamente cristianos. De sus nueve hijos seis se consagraron al Señor: tres capuchinos, dos canonisas de San Agustín y un agustino. Su padre era secretario del Tribunal Penal de Châtelleraut. En 1627, al ser nombrado fiscal, fijó su residencia en Poitiers.

Ange le Proust al cumplir los 15 años pidió ser admitido, como novicio, en el Convento de los Agustinos de Poitiers. Estos le impusieron un año de espera. Fue admitido en 1640. El 21 de marzo de 1641 tomó el hábito y se le dio como nombre religioso Ange.

Durante el noviciado leyó y meditó las obras de Santo Tomás de Villanueva. Esta lectura le causó tal impresión que prometió seguir sus pasos: lo toma como protector y guía espiritual. Fue ordenado sacerdote en 1649. En 1652 es nombrado profesor de filosofía en Lamballe (Côtes-d'Armor) y en 1655 profesor de teología en Poitiers. En 1659 es nombrado prior del convento de Lamballe. El P. Ange le Proust tenía en ese momento 35 años. El año anterior, 1658, Santo Tomás de Villanueva había sido canonizado. Con este motivo el P. Ange le Proust organiza grandes fiestas en Lamballe y pide a Santo Tomás que le otorgue la gracia de una caridad semejante a la suya. Fue en ese momento cuando se decide a fundar una sociedad femenina, no de clausura, para cuidar los enfermos en el Hospital de Lamballe. La situación de este hospital era de total miseria y aban-

dono. A esta Sociedad la pondrá bajo el nombre y patronazgo de Santo Tomás de Villanueva. Esta Sociedad fue reconocida legalmente en 1684. El P. Ange le Proust se ocupó hasta su muerte de la formación espiritual de sus miembros y de su dirección espiritual. A esta Sociedad y le dará el nombre de Hermanas Hospitalarias de Santo Tomás de Villanueva. El P. Ange le Proust murió en París el 16 de octubre de 1697.

El P. Ange le Proust es ciertamente uno de los representantes más eminentes de la escuela agustiniana de espiritualidad del siglo XVII. Consagró su vida a la enseñanza de la Filosofía y de la Teología y, sobre todo, al servicio de los enfermos, los pobres y las personas ancianas. La motivación más profunda de su actividad pastoral fue la caridad enraizada en Dios que es Amor. Busca siempre vivir en profundidad lo que quiere decir “Dios es Amor”, “Dios es Caridad”, y eleva lo que vive a nivel de la reflexión. En sus escritos ¹ expone las razones de su obrar, de su proyecto de vida y, sobre todo, de su forma de actuar. Su pensamiento en realidad no es más que el aroma de su corazón.

Su doctrina espiritual se encuentra fundamentada en la Teología de la caridad de San Agustín y de Santo Tomás de Villanueva. La meditación de las obras de Santo Tomás de Villanueva modela su corazón y se encuentra en la base de sus motivaciones pastorales. A lo largo de su vida no cesará de meditar los escritos de Santo Tomás de Villanueva.

La Teología espiritual del P. Ange le Proust es una espiritualidad fundamentada en el Evangelio interpretado por san Agustín y Santo Tomás de Villanueva. Es una Teología que tiene como fundamento “Dios es Amor”, es decir, la Teología agustiniana de la caridad. Llama la atención sobre el mandamiento de Jesús: “*Como el Padre me ha amado, yo os he amado; permaneced en mi amor*” (Jn 15, 9). Insiste en el amor de Dios como modelo de nuestro amor ².

¹ *Traité de la Règle de saint Augustin* (TR); *Règlement de vie* (RV).

² “El gobierno de nuestro amor es tan importante, y de tan grandes consecuencias aprender el arte de bien amar, que Dios ha querido hacer de ello como la regla, el modelo y el ejemplo. Ha querido que antes de amar no importa que otra cosa, nos dejemos fascinar por la forma divina conque él nos ama, generosamente, sin interés, sin esperar retorno alguno, únicamente por el placer de hacer el bien. Ha querido que miremos y admiremos su encantadora forma de amar, para que el amor, que es el peso que eleva o abaja al hombre y por el que se mide su perfección, no tenga otro modelo u otra regla que únicamente el amor divino” (TR 60)

DIOS ES AMOR

El P. Ange le Proust es ante todo un contemplativo del amor de Dios. No cesa de fijar su mirada en Dios. No en un Dios abstracto, lejano, puramente conceptual o teórico, sino en un Dios que no es más que amor y que no cesa de manifestarnos su amor. El análisis de “Dios es amor” se encuentra en la base y como fundamento de todo su pensamiento. En efecto, todo lo ve, lo contempla todo como manifestación del amor de Dios para con nosotros³. Para él la contemplación del amor de Dios es primero, nuestro don, nuestro ofrecimiento o servicio a los más pobres viene a continuación.

En realidad la primera pregunta que se hace el P. Ange le Proust será: “¿En dónde encontraré a Dios?” “¿Cómo podré realizar la experiencia de Dios?” Para él la experiencia de Dios, el encuentro con Dios no es algo difícil: estamos tan cerca de Dios como de las personas más pobres, como de los enfermos más abandonados⁴. Con ello el P. Ange le Proust no hace más que desarrollar el pensamiento de San Agustín: “Si ves la caridad, ves la Trinidad” (De Trin 8, 8, 12) “Eres tú quien hace que Dios esté cerca o lejos: ama y se acercará, ama y habitará en ti” (Ser 21, 2).

El amor verdadero, aquel que nos hace experimentar el amor de Dios, es la entrega a las personas abandonadas, a los niños, a los ancianos porque estas personas no tienen nada que ofrecernos, ni siquiera una palabra de agradecimiento. Nuestra relación con estas personas no se fundamenta en el interés, sino en la gratuidad más absoluta.

El amor de Dios saca a las criaturas de la nada, las guía y las conserva⁵. Es el amor de Dios quien hace que cada persona como cada cosa sea lo que es. Es él quien les otorga su ser y su originalidad⁶.

³ “El mundo entero y todas las criaturas no son más que manifestaciones particulares de la infinita bondad de Dios” (TR 34).

⁴ “Quien ama a su prójimo, ama y ve a Dios, porque Dios es amor. Las manos de esta persona que asiste a un pobre, son las manos de la caridad; los pies de esta persona que corre hacia el pobre, son los pies de la caridad; los ojos de esta persona que compadece y alivia los sufrimientos de los pobres son los ojos de la caridad. Ahora bien, la caridad es Dios; es Dios quien cuida de los enfermos a través de esta persona que no es más que un instrumento de la divina Providencia, no pudiendo aplicar a las personas, exteriormente, más que las bondades infinitas de Dios para con ellas” (RV 29).

⁵ “Esta fuente de amor es tan desbordante que penetra todos los grados del ser de la criatura de tal modo que ésta caería inmediatamente en la nada si fuese durante un instante privada de él” (TR 34).

⁶ “El amor de Dios es lo que produce y conserva el mundo. El mundo entero es el término de esta producción y de esta conservación. Se sustenta totalmente en este amor y, su trabajo, su quehacer más profundo es mantenerse íntimamente unido a él, de otra forma

El amor de Dios es, por otra parte, el verdadero sol del universo. Nos hace ver todo en su plena realidad. Ilumina a las cosas y a las personas desde su interior, desde la intimidad. Todo es signo, expresión, palabra del amor de Dios para con nosotros.

DIOS ES LUZ

Existe una relación sumamente estrecha entre el amor y la luz. El P. Ange le Proust dedica todo un capítulo de su *Comentario a la Regla de San Agustín* a esta relación entre el amor y la luz.

El amor es en primer lugar disponibilidad, gratuitidad y, por lo mismo, descentramiento de sí. Es el don de sí mismo a los demás, a los otros. El que ama no presta jamás atención a sí mismo. No busca contemplarse o mirarse a sí mismo. Es semejante al rayo de luz. El rayo de luz no guarda nada para sí mismo, no se detiene en su curso para contemplarse. Se dirige siempre hacia lo otro y lo llena de luz. Llena de color todo cuanto toca. Tal es el efecto del amor, tal es igualmente el efecto de la luz.

La gratuitad del amor se expresa con plena claridad en la imagen de la luz. Esta imagen se encuentra presente a lo largo de la Escritura y de forma significativa en los Escritos de San Juan: “*Dios es la luz*” (1 Jn 1, 5). Afirmar que Dios es luz es afirmar que toda la realidad se encuentra iluminada por él, que toda la realidad: cosas, personas y acontecimientos, solo adquieren realidad y sentido cuando son contemplados a su luz⁷.

caería en la nada [...] Para comprender bien esta idea, pensad que es la benevolencia, es decir, el amor de Dios y su deseo de hacer el bien a las criaturas lo que las ha sacado de la nada. Les otorga a todas participar de su infinita bondad, por una efusión desbordante, deseando con intensidad obligarse a hacer el bien, a darse. La propensión de la bondad de Dios a salir de sí mismo para difundirse, es su amor. Cuando sale de sí mismo, se le llama “extático”. El mundo entero y todas las criaturas no son más que manifestaciones particulares de la infinita bondad de Dios. Esta se denomina “efusión de amor” cuando brota de Dios [...] Por otra parte, esta fuente de amor de Dios es tan desbordante que penetra todo los grados del ser de la criatura hasta tal punto que ésta caería inmediatamente en la nada si durante un instante se le privase de ella. De aquí saca el hombre todas su formas de ser: su grado de ser sustancial, su vida, su movimiento, porque dice San Pablo: “*Porque en él vivimos, nos movemos y subsistimos*” (Ac 17, 28). De él saca el hombre sus conocimientos y sus voluntades. Tiene por consiguiente que permanecer unido a él en todo lo que constituye su ser viviente, espiritual y libre. Tal es su vínculo de amor, más íntimo que su ser mismo, ya que es él quien constituye su fundamento y su base” (TR 34).

⁷ “Dios es el verdadero sol del mundo, el verdadero «*Padre de las luces*» (Jc 1, 17). Su voluntad constituye la perfección de todas las criaturas. Su palabra crea la luz y la belleza del universo, condensa y volatiliza los cielos. Hace germinar las plantas, dota a todos los

Dios es luz porque Dios es amor. El amor lo ilumina todo ya que no llama nuestra atención más que sobre el aspecto positivo de la realidad. La imagen de la luz expresa con plena claridad la realidad de Dios. El sol, como el fuego o la lámpara, no cesan de irradiar luz, hacen sentir lejos su acción de claridad y de forma completamente gratuita. Sin la luz nos es imposible ver algo. Es cierto que nosotros no vemos la luz, pero, por ella, lo vemos todo. La luz permite a los ojos ver y a las cosas y personas ser vistas.

Es cierto que con frecuencia nuestros ojos se fijan única y exclusivamente en la multiplicidad de los colores de las cosas y no ven la luz que los hace visibles y, si la ven, no le prestan atención. Algo semejante acontece con Dios. Fijando nuestra atención en las cosas o en los acontecimientos de la vida corremos el peligro de no ser sensibles a la presencia de su amor, aunque este amor se encuentra presente en todo y nos haga ver todo, y sentirlo todo.

Esta luz, que es el amor de Dios, nos hace descubrir la naturaleza verdadera de cada ser, más aún su originalidad. Mediante su luz todo recobra vida. El amor de Dios permite verlo todo desde lo alto, desde el Espíritu. Detrás de cada cosa, incluso de las más insignificantes y ordinarias, se oculta siempre una perla preciosa, un tesoro que logramos descubrir cuando las vemos a la luz de Dios. El universo es una revelación continua de Dios. Nos revela o manifiesta su gloria. Las cosas y las personas que nos rodean, cuando son vistas a la luz de Dios, nos remiten más allá de sí mismas, más allá de aquello que ven nuestros ojos o tocan nuestras manos. Todo es una invitación a amar a Dios. “De hecho el cielo y la tierra y todo lo que contienen he aquí que no cesan de decirme que te ame y se lo dicen igualmente a todos los hombres” (San Agustín, Conf X, 6, 8)⁸.

La luz de Dios no se impone. Pero verla exige toda una conversión de nuestra forma de ver y de mirar.

seres corporales y espirituales de todas sus energías, porque dice el apóstol Santiago (1, 17): “*Todo don procede de lo alto, de este Padre de las luces*”, de este sol divino, y su voluntad es la fuente de todas las cosas. De esta forma, a través de un moviente inexorable, todas las cosas aspiran a elevarse hacia este divino sol hasta perderse en él y desaparecer, para unirse a su amor y a su voluntad más que a sí mismo” (TR 36).

⁸ “Es en el proyecto eterno de Dios sobre nosotros en donde tenemos que contemplar y estudiar todas las perfecciones que buscamos y los bienes que deseamos adquirir, aplicándonos de esta forma, como dice San Pedro, a afianzar nuestra elección y nuestra vocación (2 P. 1, 10)” (TR 32).

EL HOMBRE, IMAGEN DE DIOS

Es cierto que Dios nos ha hecho a su imagen, a su semejanza. El hombre es imagen viviente de Dios. Ahora bien, la imagen tiende hacia su modelo, lo busca consciente o inconscientemente. El hombre no es una imagen estática, no es exclusivamente un espejo que refleja de forma más o menos perfecta a su modelo, a Dios. Dice radicalmente relación a Dios. De hecho la imagen carece de realidad en sí misma. Es siempre imagen de algo o de alguien. Remite a una realidad diferente de sí misma. Su ser es relación, apertura al otro. Es signo y nos indica, nos remite hacia lo otro. El hombre, imagen de Dios, busca radicalmente a Dios. En lo más íntimo de su ser hay una tendencia radical hacia Dios. El hombre es esencialmente deseo de Dios⁹.

La perfección del hombre, por el hecho mismo de ser imagen de Dios, consiste en la participación de su amor, acercarse lo más posible de él: “*Sed perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto*” (Mt 5, 48)¹⁰ Sed amor como Dios es amor.

Es cierto que esta orientación natural del ser del hombre hacia Dios con frecuencia se encuentra difuminada a causa del pecado. El pecado

⁹ “En lo que respecta a Dios la expansión de esta divina fuente de bondad es nuestra “agua de vida” y nos conserva el ser. Por nuestra parte, este movimiento y esta solicitud a unirnos con él, a apoyarnos en él, es precisamente el medio por el cual deseamos con avidez nuestra sustancia. Esta solicitud es la inclinación más necesaria y la tendencia más importante de las criaturas. Su quehacer más importante. Pero como este impulso, en las criaturas inteligentes es una tendencia de amor, se sigue que el amor es el único quehacer, con una necesidad superior a la pluralidad de todas las otras, según las palabras de nuestro Salvador a Santa Marta (Lc 10, 42). En efecto una sola cosa es necesaria” (TR 35-36).

¹⁰ “El amor es la supereminente perfección de Dios y la característica más importante de su divinidad. Por esto el Señor nos dice: “*Sed perfectos como vuestro padre del cielo es perfecto*” (Mt 5, 48). Y nos declara en qué consiste esta perfección, “amando, dice, como mi Padre ama, sin otro interés más que hacer el bien. Seréis mis hijos teniendo los mismos deseos, teniendo un amor de la misma naturaleza que el suyo” (Mt 5, 45) (TR 60).

« Una de las prioridades del amor de Dios sobre todos los otros amores, es el de ser causa ejemplar [...] Es el ejemplo de todos los otros amores” (TR 60).

“Si damos por supuesto que la potencia más esencial de las criaturas es la que se llama « obediencial » y que consiste en obedecer al amor, à hacer lo que Dios quiere que se haga, la dependencia más esencial es aquella que consiste en obedecer por amor. El amor de Dios creador es la base y el fundamento de nuestro ser, de nuestra vida, de nuestra libertad, puesto que él ha dotado al hombre de inteligencia y de voluntad. De aquí se sigue que la unión más esencial de la criatura razonable es conocer este preciso bien y de unirse a él con todo su deseo. El quehacer más importante de este mundo es amar a Dios con todo el ser. Éste es nuestro único y necesario negocio” (TR 40).

obscurece al alma. Le impide ver todo a la luz de Dios. Sin referencia a Dios el hombre se inclina, se dirige hacia las cosas y las personas buscando el propio interés, no por ellas mismas y menos aún por Dios. La gratuitud se encuentra ausente del hombre. Ama las cosas por y para sí mismo. El hombre se encuentra, por lo mismo, desorientado, descentrado de sí mismo¹¹.

Frente a esta situación Dios no abandona al hombre. No cesa de salir a su encuentro para decirle: “Ven a mí”, “Retorna de nuevo a mí”. Dios nos invita a amarlo y, por lo mismo, a ser amor como él es amor. En efecto repetidas veces la Sagrada Escritura dirá: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu pensamiento y con todas tus fuerzas*” (Dt 6,5: Mt 22,27). Este mandamiento es, en primer lugar, una llamada de Dios a salir de nosotros mismos: “Amarás al Señor tu Dios”. Llama nuestra atención sobre Dios. Es igualmente una invitación a amarlo. Es cierto que el amor no se impone. El amor solo es amor cuando es una ofrenda, un don absolutamente libre. Pero al amor, por el contrario, se le puede provocar. Pero solo el amor provoca el amor. Ama quien en primer lugar se siente amado. Y Dios nos ama el primero y nos otorga, nos da la posibilidad de amarlo. Dios no cesa de invitarnos a amarlo, a darnos, a ofrecernos a él¹². Y lo hace a través de todo lo que nos rodea. Todo es una llamada fuerte, intensa de Dios a amarlo. Pero sobre todo Dios nos invita

¹¹ “El amor de sí mismo arranca a Dios del trono que deberíamos erigirle en nuestro corazón [...] Apaga el verdadero amor de Dios y lo sustituye por un amor bastardo, un amor indigno e injurioso de Dios. Echa a perder las mejores acciones y los mejores negocios que, sin él, habrían sido buenos, y las sacrifica al dios del siglo, aunque juzga que no se los sacrifica más que a sí mismo” (TR 46).

“El amor a nosotros mismos corrompe el alma del mundo cuya inclinación es la de alabar a Dios en todo lo que existe” (TR 45).

“No teniendo una idea lo suficientemente alta de ese Bien, el espíritu no se compenetra de él, y no se preocupa de comprender lo que es absolutamente necesario para nuestro comportamiento. Es un gran desorden en nuestras costumbres y una gran depravación del corazón” (TR 51).

¹² *Amaréis al Señor vuestro Dios*: 1º con todo vuestro corazón, 2º con toda vuestra alma, 3º con todo vuestro espíritu, 4º con toda vuestra fuerza (Mt 22, 37). De aquí se sigue que este amor ha de ser de tal naturaleza que eleve nuestras facultades y no admita otros límites ni otra medida que la totalidad de su poder, la extensión y la esfera de su actividad, el conjunto de todo aquello que los objetos tienen de amable. Así este amor exige, en primer lugar, a nuestro amor todo lo que puede tener de afección y el sacrificio de todo lo que puede amar. En segundo lugar, ordena al alma una consagración de toda su vida y de todo lo que ella pueda poseer. En tercer lugar, le pide al espíritu toda su estima y todo lo que puede ofrecer de aplicación. En cuarto lugar, saca de nuestra capacidad de obrar todo lo que ella puede

amarlo, a ser amor a través de las personas más pobres, más necesitadas. A través de ellas no cesa de decirnos: “Ámame”¹³.

EL AMOR DE DIOS Y EL AMOR DEL PRÓJIMO, UN MISMO Y ÚNICO AMOR

El amor nos acerca, más aún, nos identifica a aquello que amamos. Solo el amor nos permite conocer verdaderamente la realidad. Conocer es nacer a aquello que conocemos. Somos lo que amamos¹⁴. ¿Amas la tierra? Serás tierra. ¿Amas a Dios? Serás Dios” (San Agustín, Tr. in Jn ep 2, 14). El amor nos hace participar de la naturaleza misma de Dios. Ahora bien, Dios no es más que amor. El amor de Dios es pues el modelo de nuestro amor. Tenemos que amar como Dios nos ama¹⁵.

Y Dios, amor sin límite, infinito, se da, se entrega sin límite, hasta quedar sin nada. La expresión más clara de la expresión “Dios es amor” es precisamente Cristo muerto en la cruz. En la cruz Cristo nos ha dado todo, hasta la última gota de su sangre, hasta morir. Quien ama a Dios, por lo mismo, ha de darse, a su imagen, hasta el extremo. La medida del amor de aquel que ama a Dios es amar sin medida.

Pero amar no es darse u ofrecerse en el vacío, sino darse u ofrecerse a alguien y a alguien que tiene realmente necesidad de nuestra ayuda.

El amor de Dios es creador. Cuando Dios ama a alguien o a algo lo hace ser y lo tiene y lo mantiene en el ser, en su realidad más profunda.

hacer, agotar sus fuerzas y sus trabajos a su servicio para cumplir este gran mandamiento” (TR 31).

¹³ “Dios ha querido que antes de amar no importa que otra cosa, nos dejemos fascinar por la forma divina conque él nos ama, generosamente, sin interés, sin esperar retorno alguno, únicamente por el placer de hacer el bien. Ha querido que miremos y admiraremos su encantadora forma de amar, para que el amor, que es el peso que eleva o abaja al hombre y por el que se mide su perfección, no tenga otro modelo u otra regla que únicamente el amor divino” (TR 60).

¹⁴ “El amor que tenemos de Dios produce naturalmente, como su propiedad, el amor del prójimo. ¿El efecto más propio del amor no es hacer que el amante se asemeje a la persona amada en sus cualidades más hermosa y con sus deseos más intensos?” (TR 65).

¹⁵ « Que Dios sea amado como causa ejemplar del « bien-amar ». Que la admiración y la estima de su generosos amor nos inclinen a amarlo y a amar su amor como ejemplo de todos nuestros amores, es decir, a amarlo “antes que ninguna otra cosa”, como la causa ejemplar precede a sus efectos, y que, a continuación, Dios oriente la expresión de nuestro generoso amor hacia el prójimo” (TR 61).

Somos porque Dios nos ama. Nuestro amor, a imagen del amor de Dios, lo es en verdad en la misma medida en que sea creador. El amor nos hace salir de nosotros mismos para hacer que el otro sea, para que recobre su dignidad de persona y se oriente hacia Dios¹⁶.

El amor que Dios nos da y nos hace ser ha de tornarse hacia los otros, hacia nuestro prójimo¹⁷. El amor de Dios no es exclusivamente una realidad que se ha de contemplar o guardar para nosotros solos. Es un don, una realidad que ha de ser dada. Salir de sí mismo para ir hacia los otros pertenece a la naturaleza misma del amor¹⁸. No hay un verdadero amor sin este salir de sí para entregarse al otro o a los otros. El amor solo es realmente verdadero cuando es imagen del amor de Dios¹⁹. El amor de Dios y el amor del prójimo no son dos amores sino dos aspectos o caras de un

¹⁶ “El alma después de haberse dejado encantar y penetrar por la luz de Dios, enciende «a continuación» estas claridades en todos los corazones del prójimo. De esta forma, transformados por el mismo fuego, todos juntos, llenos de estas mismas ardientes luces, se atraen los unos a los otros por la misma impulsión atractiva y por el movimiento del mismo espíritu [...] El amor del prójimo debe, pues, por su naturaleza, brotar como un fuego brota de otro fuego, ha de transformar, formar y conformar, nuestro corazón con las inclinaciones del amor de Dios. Ha de asemejarse a la causa de la que él es efecto. Por consiguiente, ha de amar con un amor transfigurante y que transfigura los corazones en el corazón de Jesucristo amante [...] Es necesario que sea un amor de conexión y encadenamiento de corazones. Un amor que se deje encadenar al corazón de Dios de una parte y que allí encadene al corazón del prójimo, por otra parte, y que, a su vez, el prójimo se encadene a Dios y atraiga a los otros como a anillos imantados.” (TR 64).

¹⁷ “Así el amor divino resplandeciendo sobre los hombres, nos induce a atraer a todos aquellos que pueden –desprendiéndose de lo corporal– sublimarse, rarificarse y espiritualizarse para elevarse de la tierra al cielo, dicho de otro modo, a buscar unas personas capaces de aspirar al cielo y desear la perfección” (TR 61).

¹⁸ “Del amor de Dios emana y brota el amor del prójimo. El amor de Dios es, por naturaleza, un fuego transformador cuyo movimiento o tendencia es la bondad la cual tiene como propiedad el amor del prójimo. En efecto, la bondad de Dios que se encuentra allí, en su fuente, es la misma que se comunica a los riachuelos. La amamos, en primer lugar, en su fuente, que es Dios, luego “a continuación”, en sus riachuelos. Esta bondad de Dios es amable en todo. Puesto que tiene como propiedad el ser comunicativa, benéfica, complaciente y amante. Así el amor de la bondad de Dios lleva al amor de esta bondad en el prójimo ya que es su propiedad inseparable; por consiguiente el amor del prójimo es proporcionalmente semejante al amor de Dios” (TR 65).

¹⁹ “El amor del prójimo tiene, pues, por naturaleza que brotar como un fuego sale de otro fuego, ha de transformar, formar y conformar nuestro corazón según los deseos del amor de Dios. Ha de asemejarse a la causa de la que es efecto. Por consiguiente, ha de amar con un amor transfigurante y que transfigura los corazones en el de Jesucristo amante” (TR 64).

mismo e idéntico amor²⁰. En realidad no somos más que administradores del amor que Dios nos ofrece. Lo que no damos u ofrecernos se pudre en nuestro corazón.

Dios no tiene otro rostro, otra cara, otras manos u otros pies para manifestarse, para mostrarnos su amor que nuestra cara, que nuestras manos o nuestros pies. Nuestras manos han de ser las mismas manos de Dios que tocan al enfermo para curarlo, como nuestros pies han de ser los pies de Dios que corren al encuentro del pobre y el enfermo para ayudarles.

CUIDA DE TU HERMANO ENFERMO

El amor, la caridad que ha de animar nuestra vida exige ser sumamente sensible a las necesidades de las personas más pobres. Los enfermos, los pobres, los ancianos han de ocupar un lugar de suma importancia en nuestro corazón²¹. Son ante todo templos de Dios. Amar a alguien es mucho

“El amor de Dios para con nosotros es, de forma absoluta, el primero de los amores. Es la fuente de nuestro ser, de nuestra capacidad de amar, y por consiguiente, de nuestro amor. Puesto que es el amor de Dios quien pone en nosotros todo lo que hay de amable, ha de ser por lo mismo la medida del amor que tenemos que tener para con nosotros mismos. De esta forma lo primero que tenemos que amar en nosotros mismos, es ese amor que Dios nos otorga. Antes de este amor, no descubrimos en nosotros más que la nada, la obscuridad, la caducidad, las miserias, de tal forma que nuestra primera luz es la idea que su amor forma de nosotros” (TR 31).

²⁰ “La primera razón por la que se muestra que el amor del prójimo se desprende del amor de Dios es que en el prójimo se encuentra la imagen en la cual Dios manifiesta sus bellezas, se hace visible, modera sus luces y las distribuye según la debilidad de nuestros espíritus. Esta imagen es otro sí mismo en el mundo inteligible, en el “orden intencional”, como se le denomina, es decir, por medio de la cual Dios es conocido y se hace visible. En efecto los objetos no se aman ni se hacen amables mientras no se conocen y se muestran amables a través de las imágenes que envían a nuestro cerebro. En consecuencia, si no amamos la imagen que nos los hacen visibles, no los amamos a ellos mismos [...] En este sentido San Juan nos enseña a amar a Dios en sus imágenes y nos da un signo sensible para conocer si le amamos con este amor invisible y espiritual cuando nos presenta su imagen visible. *“Cómo, dice, gloriarse de amar a Dios a quien no ve, quien no ama a su prójimo a quien ve?”* (1 Jn 4, 20)” (TR 68).

²¹ “De este principio se sigue, en primer lugar, que la caridad no presupone a los prójimos para amarlos, sino que es ella quien los hace; no busca los grados de proximidad, sino las necesidades y las ocasiones para comunicarse [...] La única primacía, respecto a la proximidad, pertenece a la sensibilidad y a la ternura de un corazón que se siente tocado por los males del prójimo y atraído a ponerles remedio a través de su ayuda y su asistencia. Es por lo que nuestro Señor no aconseja dar sus bienes más que a los pobres (Mt 19, 16-22) y si manda amar al prójimo -lo que parece favorecer la unión a los parientes - explica

más que ayudarle o socorrerle. Exige, sobre todo, reconocer su dignidad. Dios mora en ellos²².

Los enfermos, los pobres están sumamente presentes a lo largo de todo el Evangelio. Ocupan un lugar ciertamente importante en la vida de Jesús. Cristo es el médico que ha venido a curarnos de todas nuestras enfermedades. Las curaciones corporales que realizó y que nos narran los Evangelios no son más que el símbolo de las curaciones del alma que realiza en lo más profundo del corazón. A nosotros nos corresponde prolongar estas curaciones, estos cuidados de Jesús: curar, sanar el corazón de las personas enfermas como Jesús los ha curado²³. Nuestra vida ha de ser una luz de esperanza para la persona que sufre, un lugar de vida en donde las personas cansadas, heridas recobren de nuevo el gusto de existir²⁴.

inmediatamente qué prójimo es todo hombre despojado de todo los grados de proximidad que el mundo estima, para no buscar más que la profundidad de sus necesidades (TR 74).

²² “Nos es preciso honrar a los pobres desconsolados como aquellos elegidos que Dios prepara por medio de esta muy dura humillación para una gloria inmejorable, dejándolos consentir con toda facilidad a la voluntad de Dios. Y es preciso consolarlos como lo haríais a Jesucristo recostado sobre la cruz halagándolo con palabras de su dolor, elevándole el ánimo cuando el mal se abate sobre él y haciéndole ver que le amáis tanto más tiernamente cuanto su mal es más repelente” (RV 40).

²³ “Y con el fin de que no nos encontremos en una situación peor que la de aquellos que vivían en su tiempo, nos ha dado en su lugar a los pobres, con el fin de que asistiéndolos tengamos la misma ventaja que sirviéndole a él mismo y que seamos más felices creyendo que viendo. Tenemos pues que, todos los días, hacer crecer nuestro amor para con los pobres, vivificando nuestra fe y creyendo firmemente que se lo hacemos a la misma persona de nuestro Señor Jesucristo” (RV 30-31).

²⁴ “El amor de Dios es un amor transformante y el prójimo es de tal manera el predilecto de Dios que no hay nada a quien quiera más y lo único que nos pide es que lo amemos. Lo transforme en él y su amor, como un fuego que consume, nos transforma totalmente en fuego y cambia nuestros corazones en sus deseos ardientes. Es así como el amor de Dios abraza y transforma el corazón del prójimo en él. Lo reviste con sus colores, con su calor y con sus propiedades por el efecto propio de su amor tan perfecto. Esta transformación que une el corazón del prójimo al de Dios lo reviste de su amabilidad, le otorga el derecho que tiene de ser amado “como “si fuesen un mismo ser, lo abraza con el mismo fuego de amor que transforma lo otros corazones y les inspira este solo y único amor. De esto se deduce que el corazón de Dios es como un imán que, al tocar un corazón, le comunica esta virtud de la imantación como un anillo que atrae a otro y sucesivamente a los demás (TR 63).

“Es preciso dar al prójimo un amor digno del corazón de Dios. Y esto no se puede hacer más que deseándole unos bienes que se correspondan con este fin y con este motivo tan divino. La vista de un fin tan sublime ha de hacer que entreguemos y demos al prójimo unos servicios y unos bienes dignos de Dios. Esto es realizar el deseo que tiene Dios de la

A través de nuestra vida como de nuestro trabajo tenemos que seguir a Cristo. Seguir a Cristo es conformar nuestro corazón con su corazón. San Pablo nos dice: “*Comportaos, entre vosotros, como en Cristo Jesús*” (Ph 2, 5).

Amar a alguien es interesarse por él, estar atento a él aceptándolo tal cual es, con sus heridas y sus oscuridades, con sus riquezas et sus valores. Amar a una persona pobre, frágil es, sobre todo, creer en su capacidad de amar. Pero para llegar a tocar la fragilidad de estas personas y resucitarlas es preciso entrar, en primer lugar, en su sepulcro como Pedro y Juan entraron en el sepulcro de Jesús para descubrir su resurrección o como las tres mujeres que llevaban los aromas, los ungüentos para embalsamar el cuerpo de Jesús en la mañana de Pascua. Es necesario abandonar el camino recto, tomar una desviación como Moisés para acercarse de la zarza ardiendo. A la persona que sufre no nos acercamos de forma directa, se precisa toda una larga preparación.

Los pobres, los enfermos, los ancianos nos introduce en la escuela del Evangelio. Son profetas de la gratuidad. Cuando entramos en comunión con ellos se nos obliga a suspender nuestros propios puntos de referencia, nuestra forma habitual de ver la realidad. Nos introducen en una experiencia de desposesión de nuestras formas habituales de ver las cosas y las personas. Purifican nuestro espíritu de toda mentalidad de interés. Nos hacen descubrir lo que quiere decir verdaderamente “gracia”, “gratuidad”. Dios habita en el corazón de nuestro prójimo. Es ahí donde tenemos que encontrarlo²⁵.

La relación con las personas frágiles no es algo fácil de vivir. Solo el amor crea el amor, como solo la amistad crea la amistad en el corazón del otro. Es a nosotros, por consiguiente, a quienes primero nos corresponde amar a las personas pobres, o enfermas. La persona pobre, enferma, carente de todo nos pone frente a las exigencias del amor. Con ellas es inútil emplear simulaciones o buenas palabras. El sufrimiento nos exige ser verdaderos. Con esas personas solo nos encontramos en y desde la verdad.

salvación del prójimo. Es decir que no se le deben dar ni procurar, unos bienes que no sean según el corazón de Dios y menos aún unos placeres que desagradan a Dios” (TR 70).

²⁵ “Nuestro espíritu, al amar al prójimo, ha de corregir y suplir el defecto de nuestros sentidos para honrar no solamente su alma y su espíritu que están en su cuerpo, sino a Dios mismo que habita en el alma y en el espíritu de nuestro prójimo. Es necesario recordar que lo que tenemos que amar en nuestro prójimo es el sol divino que refleja su imagen en él como en un espejo. En él Dios obra y habla más que la persona misma del prójimo, ya que se sirve de ella para ponerse a nuestro nivel y para recibir nuestra amistad” (RV 68).

Para amarles es preciso comenzar por convertirnos a la verdad, a nuestra verdad personal y a su verdad.

Dios no está lejos de nosotros. No es tampoco una idea abstracta con quien no se puede tener una relación personal. Dios es, en primer término, Emmanuel, Dios-con-nosotros. Está por consiguiente sumamente cerca de nosotros, incluso más cerca que lo estamos de nosotros²⁶.

Tenemos pues que fundamentar nuestras relaciones con los enfermos, con las personas habitadas por la fragilidad sobre el respeto sagrado que debemos a Dios porque él está ahí, habita en el corazón de esas personas. Dios continúa naciendo en el corazón de la pobreza y el sufrimiento. Lo que hacemos con los enfermos, con los pobres es a Dios a quien lo hacemos ya que Dios habita en ellos. Cada persona es templo de Dios. Los pobres manifiestan, revelan a Dios. Son el lugar privilegiado en donde Dios sale a nuestro encuentro. Si sabemos acoger al pobre, a la persona que sufre, ella nos evangeliza.

Y es la humildad la que nos hace reconocer a Dios presente en los demás y es ella también la que se encuentra como base y fundamento de toda relación con la persona que sufre. “En donde está la caridad allí se encuentra la paz; allí en donde se encuentra la humildad está igualmente la caridad.” (San Agustín, In Io. ep. tr. Proem.).

La persona que sufre se encuentra en un estado de debilidad. El sufrimiento nos coloca ante nosotros mismos y en la soledad más absoluta. Cuando se sufre, no se presta atención a los demás, sino únicamente a sí mismo. El sufrimiento nos introduce en el silencio y la incomunicación.

La relación con la persona que sufre no es algo espontáneo. No es fácil de vivir. Pero solo el amor crea el amor, como solo la amistad hace nacer la amistad. Y es a nosotros a quien corresponde, los primeros amar a las personas pobres. Para amar a estas personas es necesario comenzar por convertirnos a la verdad.

La persona que sufre nos pone frente a las exigencias del amor²⁷. Es nuestro amor verdadero para con estas personas lo único que puede hacer que nazca en su corazón el amor a Dios.

²⁶ “El que ama a su prójimo ama y ve a Dios, porque Dios es amor” (RV 29).

²⁷ “Cuando un corazón caritativo se encuentra con el campo digno de compasión de un corazón afligido, cuando la miseria –que como el imán tiene un poder de atracción– encuentra un corazón a su alcance, cuando este corazón caritativo encuentra un medio

DIOS TE ENTREGA SU AMOR, A TI EL OFRECERLO

Solo podemos compartir lo que somos o lo que tenemos. Si el amor de Dios no habita nuestro corazón, no podremos jamás compartirlo. Es preciso, por lo mismo, acoger en nuestro corazón este amor que Dios nos ofrece y que coloca en nuestro corazón. En realidad si Dios nos otorga su amor, nos lo otorga no para guardarlo para nosotros solos, sino para compartirlo. Dios pone su amor en nuestro corazón para que lo demos, lo ofrezcamos a los demás²⁸.

Dios llena de amor nuestro corazón en la misma medida en que lo damos o lo entregamos a los demás. La luz de nuestro corazón es el amor. Si el amor está ausente el corazón cae, se sume en las tinieblas. Pero a este amor tenemos que entretenarlo como se entretiene una lámpara: es necesario llenarla de aceite²⁹. Llenamos nuestro corazón del amor de Dios en la contemplación, en la oración y sobre todo en la Eucaristía.

de socorrer y de obrar útilmente para aliviar al que sufre, para enjugar sus lágrimas, es entonces cuando tienen lugar la verdadera cercanía, el verdadero encontrarse los corazones. Este es el verdadero grado de aproximación cristiana. Consiste en la comunicación recíproca de dos corazones de los que la indigencia de uno provoca la compasión del otro a causa de la atracción que ejercen la miseria y la necesidad. Uno hace verter su virtud bienhechora en el vacío que la necesidad y la miseria ahondan en el otro” (TR 74).

²⁸ “El amor digno de un cristiano, el verdadero amor desciende desde lo alto, «del Padre de las luces» (1 P 2, 9), hasta abajo, hasta los hombres. De su fuente (que es la sublimidad del amor de Dios), se extiende hasta el recipiente de nuestro corazón y de ahí, como un riachuelo, hacia el prójimo” (TR 69).

“Del amor de Dios emana y procede el amor del prójimo. El amor de Dios, por naturaleza, es un fuego transformante cuyo movimiento o tendencia es la bondad que tiene como propiedad el amor del prójimo” (TR 65).

²⁹ “Es el retorno del amor de un hijo hacia su padre. ¿Qué hay de más natural que un espíritu iluminado y que un corazón engendrado en un proyecto de amor retornen a su principio a través de un mismo e idéntico movimiento de amor? ¿No es lo más razonable? Un hombre, despertándose de la nada, se ve abrasado, besado por la boca de Dios, animado por el aliento de su pecho y de su corazón, ¿cómo no viviría para unirse con Dios y no hablaría para alabar lo? [...] Porque la dulzura y la amabilidad de esta virtud son como el aceite y el bálsamo que alimentan el santo amor y la vida del alma como la “humedad radical que alimenta el fuego vital” o el aceite que alimenta la llama de la lámpara. Es importante que el aceite de la piedad no sea falsificada ni corrompida como el de las vírgenes insensatas que fueron a comprarlo y del que David temía ungir su cabeza” (TR 54).

LA ORACIÓN ES EL ACEITE QUE CONSERVA LA LÁMPARA ENCENDIDA EN NUESTRO CORAZÓN

En el trabajo con los enfermos y las personas pobres tenemos absolutamente necesidad de la ayuda de una vida común y de la oración³⁰. La relación verdadera con una persona enferma o con un anciano no es fácil de vivir. Nos somete a prueba.

El enfermo por el hecho mismo de estar enfermo es muy susceptible y desconfiado. Es preciso acercarse a él con toda sinceridad y verdad. Pero una relación fundamentada en la verdad exige realizar en primer término una revisión de nuestra vida, una revisión de nuestros comportamientos. Con frecuencia nos sentimos cansados por el trabajo o heridos por la relación con las otras personas y en dicho caso es sumamente difícil prestar atención a los enfermos. Estamos demasiado sumidos en nosotros mismos para abrirnos a las exigencias y necesidades de los otros. En dicho caso en lugar de dar o de ofrecer nuestro corazón nos dirigimos a los enfermos mendigando un poco de amor o de atención para con nosotros. No seremos centro de irradiación sino de concentración

Para que la confianza surja, brote en el corazón del enfermo es preciso comenzar por desapropiarnos, por vaciarnos de nosotros mismos. La persona que sufre nos coloca frente a las exigencias del amor. Con ella es inútil el emplear simulaciones o buenas palabras. El sufrimiento nos exige ser verdaderos.

Si no llegamos a responder de una forma verdadera a sus llamadas lo hundiremos en una desconfianza aún mucho más profunda. Se encerrará cada vez más en sí mismo. El amor, fuente de vida, no existirá para él.

La tentación más grave de la persona que sufre es precisamente la desconfianza, la desconfianza con relación a las personas que le rodean. Nuestra misión está precisamente en hacer que el enfermo, que la persona frágil llegue a recobrar la confianza en sí mismo y en Dios. Y es nuestra

³⁰ “Respecto a las motivaciones de nuestros comportamientos, hay tres que corresponden a las tres primeras peticiones de la oración de Nuestro Señor: [...] 1. Que el santo nombre de nuestro Padre común sea santificado, como de una sola boca subiendo la oración hacia Dios, al mismo tiempo, desde todas partes; 2. Para que su reino se extienda, que en cada casa todas se reúnan en el mismo lugar para realizar el trabajo común, con el fin de que crezca allí la Iglesia reunida; 3. Para que su voluntad se haga en la tierra por un mutuo acuerdo como en el cielo, que el mismo espíritu anime todos los trabajos por la utilidad general y el crecimiento de nuestra sociedad que es el reino de Dios” (TR 189).

confianza en él lo que va a hacer que brote la confianza en sí mismo y en Dios. Es nuestra confianza la que hace brotar su confianza en Dios. Pero para que nuestro corazón esté lleno, rebose de confianza es preciso poner nuestros ojos en Dios. El no cesa de decirnos: “No tengas miedo. Yo estoy contigo” (Dt 31, 89). Dios nos invita a abandonar nuestros miedos, nuestros refugios y a mirarnos cara cara y a poner nuestra confianza en Él. Poner nuestra confianza en el Señor exige el tomar en mano nuestras inquietudes, nuestros problemas, nuestros agobios y arrojarlos entre las manos del Señor. San Pedro nos dice: “Descargad en él todo vuestro agobio, porque él cuida de vosotros” (1 P 5, 7) Esta confianza en el Señor es precisamente el alma de nuestra oración, más aún ella precisamente nos introduce en la oración. Dios busca ayudarnos: invoquémosle.

La oración no es, en primer lugar, la palabra que dirigimos a Dios: esta palabra no es más que respuesta a la llamada que Dios nos hace. La iniciativa de la oración no se encuentra en nosotros, está en Dios: es Dios quien nos invita a orar. La calidad de nuestra oración está dependiendo del grado de atención con el que acogemos la invitación que Dios nos hace. Nuestra oración no es más que una respuesta de amor³¹.

Entramos en la oración a través del silencio interior. Es en el corazón en donde encontramos con Dios en nosotros. Cuando nos alejamos de nuestro corazón nos alejamos de Dios. La oración verdadera es la que brota de lo más profundo del corazón. Al lado de esta oración del corazón se encuentra la oración que brota de nuestros labios. Esta es verdadera cuando se encuentra en armonía con la oración del corazón. La oración de nuestros labios es una ayuda para la oración del corazón³².

³¹ “Amar a Dios ante todo y con preferencia a todo. Esto exige un amor ardiente y una aplicación ferviente porque la naturaleza de la plegaria, de la oración –que es una elevación del alma a Dios– comporta de por sí un calor y un ardor que elevan y subliman los corazones. Por el contrario la frialdad los agarrota, los hace pesados, es lo que obstaculiza la oración” (TR 120).

³² “San Agustín quiere que la boca no hable aquí más que por el Espíritu y con la lengua de la Iglesia y que no cante más que por ella [...] Ordena que la boca no sea más que el eco de las palabras del Espíritu Santo, que los oídos no estén abiertos más que a su alabanza, que los ojos no estén ocupados más que de objetos de piedad, que el corazón esté atento al sentido de todas las palabras sagradas, que el espíritu no esté lleno más que de santos pensamientos, que todo el hombre esté penetrado de la majestad de Dios y se mantenga con un respeto digno de un lugar en donde Dios quiere ser el Señor, como en su casa” (TR 122).

En el momento de orar el Señor viene a nosotros y nos abre su corazón. Lo hace a través de su palabra, de la Sagrada Escritura. En efecto, la Escritura es la confidencia que Dios nos hace de su amor. A través de ella el Señor interpela nuestro corazón y nos invita a abrirle su puerta, a confiar en él. La escucha atenta de la palabra de Dios es el primer acto de la oración. Es necesario dejarnos arrastrar por su movimiento hacia Dios³³. Pasar de la cabeza al corazón. Para conseguirlo tenemos que dejarnos instruir por Cristo, nuestro Maestro interior.

JESÚS SE HACE EUCHARISTÍA PARA NOSOTROS. HAGÁMONOS EUCHARISTÍA PARA LOS ENFERMOS

En la celebración de la Eucaristía Jesús nos muestra el sentido más profundo de la vida entregada al servicio de los enfermos. Es el acto supremo de piedad de nuestra vida³⁴. En la Eucaristía Dios se nos da totalmente, incluso nos entrega a su propio Hijo. En ella Jesús nos revela igualmente el amor de Dios para con nosotros. En ella Jesús se nos entrega total e íntegramente³⁵. Se hace pan partido para nosotros.

Participar a la celebración de la Eucaristía nos exige el que nos hagamos nosotros mismos Eucaristía y, por lo mismo, entregarnos, ofrecernos a los demás³⁶. Cristo nos entrega su vida, su cuerpo y su sangre. Nos pide

³³ “Es importante meditar con frecuencia en los bienes eternos, imprimir en sí mismo pensamientos profundos sobre los tesoros infinitos encerrados en Dios, mostrar a nuestro Señor el deseo que tenemos de conocerlo” (TR 51).

³⁴ “Este sacrificio es pues el verdadero medio de unión a nuestro centro, que es Dios. Nos eleva al divino Sol, Padre de las luces. Así, la santa misa es el más importante de los actos de piedad, el gran retorno del amor del Padre divino, nuestro más íntimo punto de unión, el más sublime, el más rico, la más feliz oblación que nosotros podríamos hacer” (TR 43).

³⁵ “La santa comunión es la consumación del sacrificio. Nos une a la víctima divina de tal forma que no formamos más que una misma sustancia con Jesucristo sacrificado, como las víctimas antiguas llegaban a ser una misma carne con aquellos que las comían. Por consiguiente, la santa comunión pone a Jesucristo sacrificado realmente en nosotros y a nosotros en él haciéndonos “uno” con él [...] La santa comunión siendo una admirable elevación a Jesucristo, sol de justicia, una penetración perfecta de los radios que se reúnen íntimamente con Dios, nuestro centro, es este “retorno de unión” el primero de todos los “quehaceres” que san Agustín declara ser “ante todo...” (TR 43).

³⁶ “Así Nuestro Señor nos hace partícipes de este gran sacrificio que nos une a su Padre. En efecto, san Pablo nos hace comprender que el altar es una mesa en donde la víctima que ofrecemos nos sirve de alimento con el fin de que no seamos más que un solo pan y un solo cuerpo. Ahora bien, esta víctima estando unida invisiblemente como

que hagamos lo mismo: saber compartir nuestra vida. En el momento de la comunión Cristo se entrega en nuestras manos frágiles. Dios no tiene miedo de hacerse vulnerable, de ponerse entre las manos de aquellos que le van a traicionar, que van a negarlo. Tenemos que saber asumir este mismo peligro: poner cada día nuestra vida entre las manos frágiles de los pobres, de los enfermos, de las personas ancianas sin saber lo que van hacer de nosotros. Como Jesús tenemos que saber decirles: “He aquí mi cuerpo entregado por vosotros”.

La celebración eucarística manifiesta con claridad lo que Dios espera de nosotros. El Cuerpo de Cristo que recibimos en el momento de la comunión, es el cuerpo glorioso de Cristo. Tenemos que hacernos igualmente cuerpo de Cristo para darnos a comer a los pobres.

BENDITO SEAS, SEÑOR

La alabanza nace de la admiración, de la fascinación que sentimos ante la belleza o la bondad que nos sobrepasa y que sin embargo nos afecta, nos toca. La admiración se encuentra en el origen de la alabanza. Es la respuesta a maravillarse, a la fascinación. Alaba quien se siente poseído por el esplendor, por la belleza y la novedad de Dios. Necesitamos abrir los ojos de nuestro corazón para que nuestros labios canten la gloria de Dios. Solo se puede cantar lo que se ve.

La alabanza es un reconocimiento, una confesión de los bienes de Dios³⁷. Canta la presencia de Dios en nuestra vida. Orar, contemplar a Dios es entrar en el misterio de Dios presente en nuestra vida y en las personas que cuidamos. En realidad aprender a orar es aprender a alabar³⁸.

los alimentos a nuestra propia sustancia, no formamos más que una sola sustancia con la sustancia de la víctima y, así, todos somos la misma víctima de la que la parte principal y la sangre han sido ofrecidas y unidas a Dios. Así, somos una misma sustancia entre nosotros para no ser más que un todo con Dios al cual estamos aglutinados, como los alimentos, a nuestra sustancia, por medio de esa víctima que le está consagrada” (TR 110).

³⁷ “Un hombre despertándose de la nada, se ve abrasado, besado por la boca de Dios, animado por el aliento de su pecho y de su corazón, ¿cómo no vivirá para unirse con Dios y no hablará para alabarlo?” (TR 54).

³⁸ “Dios ha de ser amado con todo nuestro espíritu como verdad primera y acto preferido a todos los pensamientos. Dios ha de ser pues el objeto de la tendencia de nuestro espíritu. Ésta ha de preceder a nuestras afecciones, porque no obramos más que a través de operaciones sucesivas. Cronológicamente, el trabajo del espíritu precede a todas las otras operaciones. Nuestro espíritu, como un espejo, ha de estar ocupado, en primer lugar, de los esplendores del divino Sol del cual recibe toda su luz [...] Desde que sabemos que

Toda nuestra vida como todo nuestro trabajo ha de ser un canto de alabanza a Dios³⁹. Dios continúa a nacer en el hueco del sufrimiento, en los pobres, en los enfermos. Lo mismo que en Navidad, tenemos que saber cantar: “Gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres que ama el Señor”. Las personas enferman, los ancianos son las personas que Dios ama.

CONCLUSIÓN

La espiritualidad del P. Ange se encuentra expresada de una forma clara y sumamente concisa en la oración que manda recitar cada día antes de comenzar el trabajo con los enfermos. En ella afirma con plena claridad la presencia de Jesucristo en las personas pobres y enfermas y es a Cristo a quien se cuida y consuela cuando se cuida y se consuela a un enfermo.

Jesús, mi adorable Señor,

–Creo firmemente que es a Ti a quien ofrezco mis humildes servicios en tus pobres.

–Que Tú habitas en ellos por una admirable unión de interés y de amor.

–Que eres Tú quien recibe en ellos mi pobre asistencia.

–Lo creo porque Tú lo has dicho y porque has prometido decirlo en el día del juicio final.

–Y porque lo has dado a conocer con suma frecuencia a tus santos en maravillosas apariciones.

–Como creo que es a Ti a quien yo negaré mis servicios, si no quisiese dárselos a ellos.

Amen

jaimegarciaalvarez@yahoo.es

Dios es la Belleza primera, tenemos que tener una santa diligencia para ofrecerle nuestros pensamientos y, en consecuencia, nuestro amor antes que cualquier otra acción del día” (TR 53).

³⁹ “Para cultivar el don de las lenguas de fuego, figurado por el soplo de la boca de Dios que vivificó a Adam y le dio un alma que habla, la Iglesia ha querido que el agradecimiento de nuestra piedad retorne a Dios por la misma vía por donde sus conocimientos han llegado hasta nosotros. Es por lo que la Iglesia ha compuesto el oficio devino con las palabras de la Santa Escritura. Así, nuestras alabanzas retornan puras, hacia la divina boca que las profirió y que derramó sobre nosotros sus alabanzas de fuego” (TR 55).

